

sentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo prometió, y ser antes sus amigos, por quien el otro día era otro tanto; mas á estos infieles peces, ni promesa, ni gualardon, ni amistad lo hace hacer, y así son mas de culpar, y dignos de gran castigo, y así fueron aborrecidos. Supe mas: el escribano ante quien pasaba la causa ningun eserito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir. ¡Oh desvergüenza, dije yo, y cómo se sufría en la tierra! Por cierto ya que el escribano fuera favorable, y hiciera lo demás honestamente tomando las escrituras, y después no las pusiera en el proceso, mas hiciéralas perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo, y asimismo se hizo del justicia. Súpose cómo no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentenciarle, y yo culpé mucho á los ministros, diciéndoles: «Un pleito de dos pajas no le determinaré en un año ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora.» Díronme no sé qué excusas, las cuales no les excusaran de pena, sino que el rey mandó espresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio; y así lo hice; mas bien sentía habia andado en medio dellos y del mal general el generoso y gracioso brazo, que es el que suele bajar los montes, y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez, y así el rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningun juez dende en adelante no fuese corrompido.

En este propósito decia el otro que do aficion reina la razon no es entendida, y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces, mas determinales por leyes; porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor ó por odio, ó por dádivas, por lo cual son inducidos á dar muy injustas sentencias; y por tanto dice la escritura: «Juez, no tomes dones, que ciegan á los prudentes, y tornan al revés las palabras de los justos.» Esto aprendi de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabia, según él decia, mas que Bártolo, y que Séneca en doctrina; mas por hacer lo que tengo dicho que el rey me mandó, pasé por ello hartó á mi pesar.

En tanto que esto pasaba, el general por mandado del rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales presto venció, poniendo su rey dellos en subjecion, y quedó obligado á dalle cada un año largas parias, entre las cuales daba cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el rey comia, y las sollas tenía para su pasatiempo. Y después nuestro gran capitán fué sobre las tolinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo, que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban parias, como hemos dicho, á nuestro rey.

Nuestro gran capitán, no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierisimos, y viven á tiempo en tierra y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales; y aunque algunas perdió, de las mas salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas, porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces; sino que cuando se veian de los nuestros muy apremiados, dejaban el agua, e ibanse en tierra. Y así escapaban, y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos gran matanza, y él asimismo recibió gran daño, y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza. Mas como muriese como bueno, fué nos consuelo, porque se averiguó que antes que lo matasen mató con su persona y con su buena espa-

da (de la cual era muy diestro) mas de mil cocodrilos; y aun no lo mataran, sino que yendo ellos huyendo á tierra, y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra, y allí encalló, y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio vino de la guerra el mas estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años, trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al rey, sin tomar para sí cosa alguna.

Su alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho días, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y passion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene, cuando muere el marido, ó la mujer, ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenia por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta que el rey se lo enviase á mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto, y entonces hablan como de antes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenia por amiga, puso luto en su tierra, que duró diez años, y no fué el rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demás; y contáronme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno según tenia la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tenia con quien. Cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones, que yo conocia en el mundo, que jamás cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese, sino un cuento acabado y otro comenzado, y hartas veces, porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo y tornaban á otro; y hasta venir la noche que los departiese como batalla, no hubiédeses miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven estos cuán molestos son á Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sabio huiria destos necios, pues cada semejante quiere á su semejante. Vasallos destos varones los vea yo, y que se les muera el amiga, porque me vengue dellos.

CAPITULO XIV.

Cómo el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su alteza ser bien casarme; y comunicó con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir dello, según que del supe; mas por complacer al rey no osó hacer otra cosa. Y dijomelo con alguna vergüenza, diciendo que él veía yo merecer mas honra, según la mucha mia, mas que el rey le habia mandado espresamente que él fuese el casamentero. Finalmente, dan la ya no tan hermosa ni tan entera Luna por mia. En dicha me cabe (dije entre mí): para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcanzo, sino de segundó hote, y aun plega á Dios no sea de mas; con todo, á subir acierto. Razon es de arcipreste á rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieron á un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey

me dió, que á tenerlo en tierra me valiera hartó mas que en la mar; al fin del extremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos.

Destá manera se estaba mi señoría triunfando la vida, y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi rey, no descuidándome de su servicio, pensando siempre cómo le daría placer y provecho; pues le debía tanto; y con esto en ningun tiempo y lugar lo veía que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese, guardándome mueho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calistenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal: tenía á grandes y pequeños tan so mano, que en tanto menian mi amistad como la del rey. En este tiempo pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, di aviso al rey, diciéndole seria bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona real no tenia otras rentas sino solamente de treinta partes la una de todo lo que se vendia, y cuando tenia guerra justa y conveniente á su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagábanse los, y solos diez pescados para su plato cada día. Yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada día. Puse mas, que cualquiera de sus súbditos que se pudiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto á su alteza, y este capítulo me parece fué muy conveniente, porque es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones: don acá, don acullá, doña nada, y doña nonada. Hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latín, ó será hija de mesonero honrado ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras desta calidad que ya que pongan el dicho don, están fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de abacera que si casase con quien no sea oficial, no presume dende á ocho dias poner un don á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas y que no lo tenían, y que no lo tener muchas dellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que les desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian dellas, ni de su merced, que se lo consiente poner: y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran mas bravos y livianos.

Pareció bien al rey rentándole hartó, aunque de allí adelante, como costaba dinero, pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosas, y nuevas imposiciones mas provechosas al rey que al reino, avisé yo. El rey con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, antes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir, de sus sagaces dichos, cuando se quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien granjear, y decia allí el cómo, del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo della, que fué muy avisado en no decir al rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su sabor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenia buena voluntad, aunque no lo mereciesen; y por el contrario á los que no la tenia buena, tratándolos mal, y decir dellos males, aunque en ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calistenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta debria tenerse por vida, siendo tan justa la causa: ya no se usa sino vivir, sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y desta suerte cayóse la copa en la miel, y mi casa se

hinchía de riqueza; mas aunque yo era pece, tenía el ser y entendimiento de hombre, y la maldita codicia que tanto en los hombres reina; porque un animal dándole su cumplimiento de lo que su natural pide, no desea mas ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en Oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las Indias, si está hartó de yerba, y así todos los demás animales: solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia. Dígoles porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, fui aguijonado de la codicia hambrienta, y no con lícito trato: con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flandes, do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron gran cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil.

Reíase mucho el rey de que me veía holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para qué era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer; dije yo entre mí: «si tú lo conocieses como yo, no preguntarias eso.» Respondíale que los queria para contadores, y con esto le satisfacía, y después que á la tierra vine, como adelanté diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia, me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba, si ser pudiera, hallar una nao que cargara dellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo, para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecharan por ser hija deregonero, y con esta gana sali dos ó tres veces tras naos que venian de levante, dándoles gritos sobre el agua, que esperasen, pensando me entenderian y imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros en llevar el tesoro, ó parte del á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba, por el amor que yo tenia á la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, ó me veian me arrojaban arpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa. Otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber mi mujer y hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

CAPITULO XV.

Cómo andando Lázaro á caza en un bosque perdido de los suyos, halló la Verdad.

Como yo me perdí de los míos, hallé la Verdad, la cual me dijo ser hija de Dios, y haber bajado del cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres; y cómo casi no habia dejado nada por andar en lo poblado, y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraido á una roca en la mar. Contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escribir seria largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos. Cuando sea vuestra merced servido, si quisiere, le enviaré la relacion de lo que con ella pasó. Vuelto á mi rey le conté lo que con la Verdad habia pasado.

CAPITULO XVI.

Cómo despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, vivi alegre algunos dias en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar; y el rey me mandó que yo fuese aquel viaje, porque siempre con ellas

enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual si bueno estuviera sé que hiciera este camino, y después que yo estaba en el mar había ido dos ó tres veces; porque cada año una vez iban en la dicha desovación. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañía fueron mas de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas. Despedidos del rey, tomamos nuestro camino, y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gibraltar, y aquel pasado venimos á Conil y Vejer, lugares del duque de Medinasidonia, do nos tenían armado; yo fui avisado de aquel peligro, y cómo allí se solia hacer daño en los atunes, y aviséles se guardasen; mas como fuesen ganosas en desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho dias me faltaron mas de cincuenta mil atunas. Y visto el daño cómo se hacia, acordamos los armados de meterlos con ellas en la playa, y mientras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes, y hacérselas pedazos; mas saliéron al revés con la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes, y así nos apañaron á todos con infinitas dellas en una redada, sin recibir casi daño de nos, antes ganancia, que como mis compañeros se vieron presos desmayaron, y por dar genidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo á mi buena y segunda mujer.

Los pescadores admirados de verme así armado, me procuraron quitar el espada, la cual yo tenia bien asida, mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenia bien asida el espada y me descubrieron por la cabeza la frente y ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento, me asieron muy recio del brazo, y otros trabándome de la cola, me comienzan á sacar, como á cuero atestado en costal. Miré y ví cabe mi la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y mas que los pescadores, á los cuales, comen- zando á hablar en lengua de hombre, yo dije: «Hermanos, encárgoos las conciencias, y no se atreva alguno á visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabreis de mí grandes secretos.» Esto dije, porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí muchos dellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la jábega en sus manos para aquel menester traian, y asimismo les rogué con gentileza que á aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque habia sido mi compañera y mujer gran tiempo. Ellos, en gran manera alterados en verme y oírme, hicieron lo que les rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partia llorando y espantada, yo la dije en lengua atunesa: Luna mía y mi vida, vete con Dios, y no tornes á ser presa, y da cuenta de lo que ves al rey y á todos mis amigos, y ruégote que mires por mi honra y la tuya. Ella, sin medar respuesta, saltando en el agua se fué muy espantada. Sacáronnos de allí á mí y á mis compañeros, que veia á mis ojos matar y hacer pedazos, á la lengua del agua, y á mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atun, como he contado, y con harto miedo si habian de hacerme cecina; acabada la pesca aquel dia, habiéndome preguntado, yo dijeles la verdad, y rogándoles me sacasen del todo, lo cual ellos no hicieron, mas aquella noche me cargan en una acémila, y dan conmigo en Sevilla, y pónenme ante el ilustrísimo duque de Medina. Fué tanta la admiracion que con mí vista ellos y los que me veian sentian y sintieron, que en grandes tiempos no vino á España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho dias, en los cuales supieron de mí cuanto habia pasado.

A cabo deste tiempo sentí, á la parte que de pece te-

nia, detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y supliqué á la señora duquesa y á su marido, que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prision, pues á su alto poder habia venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentia, holgaron de lo hacer, y fué acordado que diesen pregon en Sevilla para que viniesen a ver mi conversion; y en una plaza que ante su casa está hecho un cadahalso, porque todos me viesen allí. Fué juntada Sevilla, y desde la plaza se hinchó por calles y tejados y terrados, no cabia la gente; luego mandó el duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula, que luego que vine del mar me hicieron, do estuve; y fué bien pensado, porque segun la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, si no hubiera verjas en medio de mí y dellos, ahogáranme sin falta. ¡Oh gran Dios! decia, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y muy á su pesar, y aves; pescado nunca lo vi. Así me sacaron y llevaron en un pavés con cincuenta alabarderos, que delante de mí iban, apartando la gente, y aun no podian.

CAPITULO XVII.

Que cuenta la conversion hecha en Sevilla, en un cadahalso, de Lázaro atun.

Pues puesto en el cadahalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que de fuera tenia, otros por la cola del pescado, me sacaron como el dia que mi madre del vientre me echó, y el atun se quedó solamente siendo pellejo. Diéronme una capa con que me cobrí, y el duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual, aunque no me arrastraba me vestí, y fui tan festejado y visitado de gentes que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejábanme de venir á ver y á preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenia se contaba por muy dichoso. Al cabo de algunos dias, después que del todo descubrí mi ser, caí enfermo, porque la tierra me probó; y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habian acabado. Quiso Dios deste trabajo con los demás librarme, y desde que me ví para poder caminar, pedí licencia á aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oír las maravillosas cosas que me acontecieron, y las mas que yo glosaba, á las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza.

Mas en fin, sin embargo desto, diéronme la licencia, y me mandaron magníficamente proveer para mi camino, y así di conmigo en Toledo, vispera de la Asuncion que pasó, el mas deseoso hombre del mundo de ver á mi mujer y á mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no lo usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hociCADAS. Entré de noche y fuíme á mi casilla, la cual hallé sin gente: fui á la de mi señor el arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes di que los desperté, preguntándome quién era y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió á grandes voces: «Andad para beodo, quien quiera que sois, que á tal hora andais á burlar de las viudas; á cabo de tres ó cuatro años que á mí mal logrado llevó Dios, y hundió en la mar á vista de su amo y de otros muchos que lo vieron ahogar, venis agora á decir donaires;» y tornase á la cama sin mas me oír ni escuchar. Torné á llamar y dar golpes á la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose á la ventana, y á grandes voces comenzó á decir: «¿qué bellaquería es esa, y qué gentil hecho de hombre de bien? Querria saber quién sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que á tal hora andais por las puertas de los que están reposando; dando alda- badas, y haciendo alborotos con los cuales quebráis el

sueño y reposo. — Señor, dije yo, no se altere vuestra merced, que si quiere saber quién soy, yo también lo quiero decir: vuestro criado Lázaro de Tormes soy.» Apenas acabé de decirlo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y tras aquel otro y otro; los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacia saltar vivo fuego y ásperas centellas. Visto el peligro que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos, y á buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo: «Venios á burlar, y vereis cómo os ira.»

Eché seso á monton, y parecióme tornar á probar la ventura, porque yo no me queria descubrir á nadie, y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba della por allí, y venida la mañana irme á casa; mas no me acaeció así, porque dende á poco pasó un alguacil que andaba rondando, y tomándome la espada dió conmigo en la cárcel; y aunque yo conocia á alguno de los gentiles hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres, y dije quien era, refanse de mí, diciendo, que mas de tres años habia que él que yo decia ser era muerto en lo de Arjel, y así dan conmigo en la cárcel, y allí me tomó el dia, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir á la iglesia á colgar una tan solemne fiesta, pensando yo haria lo mismo, porque luego sería conocido de todos, entró el alguacil que me habia preso, y echándome grillos á los pies y una buena cadena gruesa á la garganta, y metiéndome en la casa del tormento, todo fué uno. «Este gentil hombre que teniéndome disposición y manera para ser corregidor, y se ha- ce pregonero, esté aquí algun dia hasta que sepamos quién es, pues anda de noche á escalar las casas de los clérigos, pues á fe que ese sayo no se debió cortar á vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ámbar; al fin vos direis á mal de vuestro grado á quién lo hurtasteis, que si para vos se cortó, á fe que os hurtó el sastré mas de tres varas.» Enhoramala acá venimos, dije yo entre mí; con todo eso le hablé diciéndole, que yo no vivia de aquel menester, ni andaba á hacer lo que él decia. «No sé si andais, dijo; mas agora sale el arcipreste de San Salvador de la casa del corregidor, diciendo que anoche le quisieron robar y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decian los ladrones que era Lázaro de Tormes un criado suyo: yo le dije cómo os to- pé cabe su casa, y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner á buen recaudo.» El carcelero dijo: «ese que decís pregonero fué en esta ciudad; mas en lo de Arjel murió, y bien le conocia yo, perdonelo Dios, hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa á otra sin vasija.» ¡Oh desventurado de mí, dije yo, que aun mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquellos que yo conozco, y conversé, y tuve por amigos, me niegan y desconocen? Mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contrarie, pues mi mujer no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo mas quiero y ella quiere: rogué mucho al carcelero, y paguéselo, que fuese á ella y le dijese que estaba allí, que me viniese á hacer sacar de la prision; y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haria; mas que le parecia que no traia luego de veras, porque si yo fuera el que decia, él lo conociera, porque mil veces le habia visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fué el mejor pregonero y de mas clara y alta voz que en Toledo habia.

Al fin, con yo importunalle, fué, y pudo tanto que trujo consigo á mi señor, y cuando le iba á hablar, que lo metió do yo estaba, trujeron una candela: aquella alegría que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad, senti; y dije llorando de tristeza y mas de alegría: «¡Oh mi señor Rodrigo de Yepes, arcipreste de San Salvador, mirad cuál está el vuestro buen criado Lázaro de Tormes. atormentado y

cargado de hierros, habiendo pasado tres años las mas estrañas y pelegrinas aventuras que jamás oidas fueron.» El me llegó la candela á los ojos, y dijo: «la voz de Jacob es, y la cara de Esau. Hermano mio, verdad es que en la habla algo os parecéis; mas en el gesto sois muy diferente del que decís.» A esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo, y cuando en él me miré, vime muy desemejado del ser de antes, especialmente del color, que solia tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos della, y agora como la misma gualda, y figuras también muy mudadas: yo me santigué, y dije: «Agora, señor, no me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse; y vos, señor alcalde, nos dad un poco lugar, y verá cómo no he dicho mentira.» El lo hizo, y quedando solos le dí todas las señas de cuanto habia pasado después que lo conocia; y tal dia esto, y tal dia esto otro; después le conté en suma todo lo que habia pasado, y cómo fui atun, y que del tiempo que estuve en el mar y del mismo mantenimiento, y del agua, me habia quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entonces yo no me habia mirado. Finalmente, después quedose muy admirado, y dijo: «Eso que vos decís muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se habia visto un atun hombre, y las señales que me dais también son verdaderas; mas todavia dudo mucho: lo que haré por vos será traer aquí á Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor, y le di muchas gracias, y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendiccion como otras veces habia hecho; mas no me la quiso dar.

Pasé aquel dia y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano, y comiéndome á preguntar, y si no lo han por enojo á querer ponerme á caballo, ó por mejor decir verdad, en potro. No pude contenerme de no derramar muchas lágrimas, dando muy grandes sospiros y sollozos, quejándome de mi sobrada desventura, que tan á la larga me seguia. Con todo eso, con las mejores y mas razones que pude, supliqué al teniente que por entonces no me atormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz, dijo: por cierto este pecador yo no sé qué fuerza podrá hacer en las casas; mas él sin ella está á lo que parece, segun su disposición muestra: dejémosle agora hasta que mejore ó se muera, y dalle hemos por libre, y así me dejaron. Supliqué al carcelero tornase á casa de mi señor, y le rogase de su parte, y suplicase de la mia cumplierse la palabra que me habia dado de traer consigo á mi mujer, y tornéle á dar otro real, porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo, y me trujo recaudo que para el dia siguiente ambos me prometieron de venir. Consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la Verdad, y mostrándose muy airada, me dijo: «Tú, Lázaro, no te quieres castigar; prometiste en la mar de no me apartar de tí, y desde saliste casi nunca mas me miraste. Por lo cual la divina justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor á cuestion de tormento; mañana vendrá tu mujer, y saldrás de aquí con honra, y de hoy mas haz libro nuevo.» Y así se me despidió de presente, muy alegre de tal vision, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretreija y lo que contaba, que aun las verdades eran muy admirables, y las que no eran, pudieran de espanto matar las gentes. Propuse la enmienda, y lloré la culpa. Y á la mañana venida mi gesto estaba como de antes, y de mi señor y de mi mujer fui conocido, y llevado á mi casa con mucho placer de todos, hallé á mi niña ya casi para ayudar

á criar otra. Y después que algunos dias reposé, tornéme á mi tiza y jarro, con lo cual en breve tiempo fui tornado en mi propio gesto y á mi buena vida.

CAPITULO XVIII.

Cómo Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el rector, y cómo se hubo con los estudiantes.

Estando ya algun tanto á mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quise salir de allí do estaba por ver á España y solearme un poco; pues estaba harto del sombrero del agua. Determinando á dó iria, vine á dar conmigo en Salamanca, adonde, segun dicen, tienen las ciencias su alojamiento. Y era lo que había muchas veces deseado, por probar de engañar alguno de aquellos abades ó mantilargos, que se llaman hombres de licencia. Y como la villa está llena destos, el olor también se siente de lejos; aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuime luego á pasear por la villa, y avezado de la mar, maravillábame de lo que allí veía, y bien era algo mas de lo que tenía oído. Quiero contar una cosa que allí me aconteció, yendo por una calle de las mas principales.

Venia un hombre á caballo en un asno, y como era guisoso y debía estar cansado, no podia caminar adelante, ni aun volver atrás, sino con gran trabajo. Comienza el hombre á dar sus gritos: «arre acá, señor bachiller.» Con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiéndolo él que con mas honrado nombre se moveria mas presto, comienza á decir: «arre, señor licenciado, arre con todos los diablos», y dale con un aguijon que traía; viérase entonces echar coces atrás y adelante, y el licenciado á una parte y el caballero á otra; nunca vi en mi vida, ni en el señorío de la mar, ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conoci entonces que debía ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacían también de honrar con sus nombres, como yo me había hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavía los tuve en mas que á mí, porque aunque me hicieron señoría, no me dieron licencia á mas de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que he yo pasado algun tiempo, que quisiera ser mucho mas el licenciado asno que Lázaro de Tormes. De aqui vine siguiendo el ruido á dar en un colegio, adonde vi tantos estudiantes y oí tantas voces, que no había ninguno que no quedase mas cansado de gritar que de saber. Y entre muchos otros que conocí (aunque á mí ninguno dellos) quiso Dios que hallé á un amigo mio de los de Toledo, conocido del buen tiempo; el cual servía á dos señores como el que arriba movió el ruido, y aunque eran de los mayores del colegio. Y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí, de tal manera, que me valió una comida y algo mas. Es verdad que fué á uso de colegio, comida poca, y de poco, mal guisado y peor servido, pero maldito sea el hueso quedó sin quebrar.

Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado mas por mi experiencia que ellos por su saber. Contéles algo de lo que había á Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban adónde había estudiado, en Francia, ó en Flandes, ó en Italia, y aun si Dios me dejara acordar alguna palabra en latin, yo les espantara; tomé la mano en el hablar por no darles ocasion de preguntar algo que me pusiesen en confusion. Todavía ellos, pensando que yo era mucho mas de lo que entonces habían de mí conocido, determinaron de hacerme defender unas conclusiones; pero pues sabia que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo era tal que me podia mostrar sin vergüenza á todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de hocico, bien se valdria entre los que no juegan sino de lengua: el dia fué el si-

guiente, y para ver el espectáculo fué convidada toda la universidad. Viera vuestra merced á Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrían talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se ternia el mundo por contento: viera tantas colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenia cuenta con el hombre, sino segun tenia el nombre.

Antes de parecer yo en medio, quisieronme vestir segun era la usanza dellos, pero Lázaro no quiso, porque pues era extranjero y no había profesado en aquella universidad, no se debían maravillar, sino juzgar mas segun la doctrina (pues que tal era esta) que no segun el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Vi á todos entonces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenía mas miedo que vergüenza, ó mas vergüenza que miedo no se burlasen de mí. Puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo), viendo mi presencia doctoral, y que también sabia tener mi gravedad como todos ellos, quiso el rector ser el primero que conmigo argumentase, cosa desacostumbrada entre ellos. Así me propuso una cuestion harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuántos toneles de agua había en la mar; pero yo, como hombre que había estudiado, y salido poco había de allí, supe responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las aguas en uno, y que yo lo mesuraria muy presto, y le daria dello razon muy buena. Oída mi respuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme, y viendo serle imposible hacer aquello, dejéme el cargo de mesurarla á mí, y que después yo se lo dijese.

Avergonzado el rector con mi respuesta, échame otro argumento, pensando que me sobraba á mí el saber ó la ventura, y que como había dado resolucion en la primera, así la diera en la segunda; pídemme que le dijese cuántos dias habían pasado desde que Adán fué criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues á buena fe que de los míos no se me acordaba, sino que un tiempo fui mozo de un clérigo y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuáles era mayor contador que no de dias. Pero todavía le respondí, diciendo que no mas de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que así había sido hasta allí, y sería también hasta la fin del mundo. Viera vuestra merced á Lázaro ya entonces muy doctor entre los doctores, y muy maestró entre los de licencia.

Pero á las tres va la vencida, pues de las dos había tan bien salido, pensó el señor rector que en la tercera yo me enlodara, aunque Dios sabe qué tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazón tenia tamañito. Díjome el rector que satisficiese á la tercera demanda, yo muy pronto respondí que no solo á la tercera, pero hasta el otro dia se podia detener. Pídióme que á dó estaba el fin del mundo. ¿Qué filosofías son estas, dije yo entre mí? ¿Pues cómo? ¿no habiéndolo yo andado todo, cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua, algo mejor se lo dijera. Todavía le respondí á su argumento, que era aquel auditorio do estábamos, y que manifestamente hallaria ser así lo que yo decía si lo mesuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibía mal mate, échame la cuarta cuestion muy entonado, preguntando qué cuánto había de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear á mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabia qué responderle, porque podia él muy bien saber que no había yo hecho aun tal camino. Si me pidieran la órden de vida que guardan los atunes, y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razon; pero no callé con todo, antes respondí, que muy

cerca estaba el cielo de la tierra. Porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo que hombre cante ó hable, y que si no me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantaria con muy baja voz, y que si no me oía me condenase por necio.

Prometo á vuestra merced que hubo de callar el bueno del rector, y dejar lo demás para los otros. Pero cuando le vieron como corrido, no hubo quien osase ponerse en ello, antes todos callaron y dieron por muy excelentes mis respuestas. Nunca me vi entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá, y señor acullá; la honra de Lázaro de dia en dia iba acrecentando; en parte la agradezco á las ropas que me dió el buen duque, que si no fuera por ellas, no hicieran mas caso de mí aquellos diablos de haldilargos, que hacia yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venían para mí, unos dándome el parabién de mis respuestas, otros holgándose de verme y oírme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisieronme llevar á cenar con ellos, y yo también quise ir, aunque rehusé segun la usanza de allá á la primera, fingiendo ser por otros convidado. Cenamos, no quiero decir qué, porque fué cena de licencia aquella, aunque bien vi que la cena se aparejó á trueco de libros, y así fué tan noble.

Después de haber cenado, y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colacion unos naipes, que suelen ser allá cotidianos, y cierto que en aquello algo mas docto estaba yo que no en las disputas del rector. Y salieron en

fin dineros á la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos como muy diestros en aquella arte, sabían hacer mil trapanojos, que á ser otro, dejara cierto el pellejo, porque al medio mal me iba, pero á la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demás de la cena embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos pues con aquel que entre los atunes había sido señoría; de Lázaro se guardarán siempre, y por despedirme dellos quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran. Después temiendo no me pusiesen en vergüenza, porque no les faltara ocasion, partíme de allí pensando que no todavía puede suceder bien.

Así determiné volverme dándome verdes con mis cincuenta reales ganados, y aun algo mas que por honra dellos al presente callo, y llegué á mi casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aquí me vinieron los pensamientos de aquellos doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que si supiera me había de suceder tan bien como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Después, pensando mejor, vi que no era cosa de ganancia, porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atrás, aunque bien quisiera quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado, y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido después de la ida de Arjel; lo demás con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy á su servicio. — *Lázaro de Tormes.*